

despojo inerte y estremecido? Alargaban sus días— como se dice.

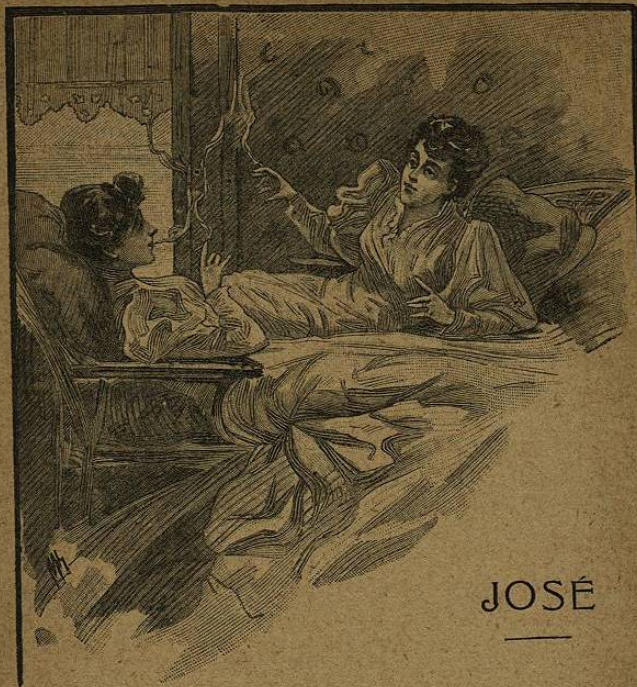
¡Sus días! ¿Cuántos? ¿Diez, veinte, cincuenta, ciento? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para conservar á la familia el espectáculo de su ansia impotente y glotona?

El anciano ya no tenía que hacer nada en este mundo. Un solo deseo, un solo goce alentaba su existencia; ¿por qué no satisfacérselo hasta su muerte?

Después de jugar á los naipes una partida que no acababa nunca, subí al aposento que me habían destinado. Me sentía muy triste, ¡muy triste! ¡muy triste!

Y me asomé á la ventana. Sólo se oía el suave, ligero, delicioso murmullo de un pájaro en una rama, no sé dónde. Aquel pájaro debía cantar así, en voz baja, en la obscuridad, velando el sueño de su hembra, sobre los huevos.

Y al instante recordé á los cinco hijos de mi pobre camarada, el cual roncaría ya profundamente junto á su despreciable mujer.



JOSÉ

ESTABAN *alegres*, más que *alegres*, la baronesita de Fraisières y la condesita de Gardens.

Habían comido solas en un mirador, frente al mar, sintiendo la brisa fresca y suave del anochecer, la salada brisa del Océano. Jóvenes las dos, recostadas en los divanes, sorbían poco á poco unas copitas de Chartreuse, fumando cigarrillos turcos

y haciéndose confidencias íntimas, confidencias que sólo una embriaguez dichosa pudo empujar hasta sus labios.

A medio día los maridos habían regresado á París, dejándolas en aquella playa desierta, elegida expresamente para evitar á los moscones galantes de los veraneos en moda. Ausentes la mayor parte de la semana, temían, con razón, las expediciones campestres, los almuerzos sobre la hierba, las enseñanzas de natación y la rápida familiaridad que nace de la holganza en lugares concurridos. Dieppe, Etretat, Trouville, les parecieron peligrosos y alquilaron una casa construída y abandonada por un excéntrico en el valle de Roqueville, cerca de Fécamp, donde resolvieron enterrar á sus mujeres durante todo el verano.

Estaban *alegres*, muy *alegres* las dos. No sabiendo qué inventar para distraerse, la baronesita propuso á la condesita una delicada comida, con Champagne. Se habían divertido mucho guisando y preparando escogidos platos, luego saboreándolos, y bebiendo de firme para calmar la sed que había excitado el calor de la lumbre. Hablaban y barbarizaban á compás, fumando cigarrillos turcos y apurando suavemente copitas de Chartreuse, sin darse cuenta de lo que decían.

La condesa, con los pies apoyados en el respaldo de una silla, se arriesgaba más aún que su compañera:

—Para terminar dignamente nuestra diversión, era preciso que tuviésemos aquí dos amantes. Si lo hubiese pensado á tiempo, los hiciera venir de París... Dos... para cederte uno.

—Yo los encuentro en todas partes; ahora mismo, si quisiera uno, lo tendría.

—Vaya, no exageres. ¿En este pueblo? Un aldeano tal vez...

—No; eso no...

—Pues cuéntame, anda.

—¿Qué quieres que te cuente?

—De tu amante...

—Yo no puedo vivir sin un amor. El día que no inspire un amor, habré muerto.

—Lo mismo digo.

—Sentir que nos desean...

—Es indispensable. Pero los hombres no lo comprenden, y menos aún los maridos.

—No lo comprenden. ¿Cómo han de comprenderlo? Necesitamos un amor compuesto de frivolidades, galanterías y exquisiteces que alimentan el corazón. Es indispensable á nuestra vida, indispensable, indispensable.

—Indispensable.

—Necesito saber que alguien piense en mí, á todas horas, en todas partes. Cuando me duermo y al despertar, necesito sentir que alguien me desea, que alguien vive soñando en mí. Sin esto sería desgraciada, muy desgraciada... ¡Oh!, tan desgraciada, que lloraría constantemente...

—Yo también.

—Otra cosa es imposible. Aunque un marido sea galante un mes, un año, dos... acabará, sin remedio, mostrándose grosero y bruto; sí, grosero y bruto... Ya no se violenta por nada, no disimula; preséntase al natural, enfurécese al ver las cuentas. ¡Oh, siempre las cuentas!... La intimidad constante y eterna, la vida en común, hace imposible un amor.

—Cierto, muy cierto.

—¿Es verdad?... ¿Qué decíamos?... No recuerdo nada.

—Decías que todos los maridos acaban mostrándose brutales...

—Sí; brutales... todos...

—Y es verdad.

—¿Qué decíamos?

—¡Eso!

—¿Y qué más?

—Ahí estabas; no sé lo que pensarías decir...

—Algo, algo iba yo á contarte.

—Piensa, piénsalo...

—¡Ah! ¡Sí!... Decía que yo encuentro un amante... siempre...

—¿Cómo?

—Escucha. Cuando llego á cualquier punto, empiezo á observar, tomo notas y elijo.

—¿Eliges?

—Elijo, cuando he completado mis informes. Un hombre ha de ser, en primer lugar, discreto, rico y generoso. ¿No es así?

—Ciertamente.

—Y además, ha de agradarme como hombre.

—¡Claro!

—Entonces, echo el anzuelo.

—¿El anzuelo?

—Sí; como para pescar. ¿No has pescado nunca con caña?

—Nunca.

—Pues te hubieras divertido... instruyéndote, además. Preparo mi anzuelo.

—¿Cómo?

—No seas tonta. Elegimos entre los hombres el que más nos agrada. Y ellos piensan... ¡estúpidos! piensan que pueden elegir... Elegimos nosotras... constantemente. Cuando una mujer no es fea ni ton-

ta, la pretenden, sin excepción, todos los hombres. Ella los examina mañana y tarde, y cuando uno le gusta... le tira el anzuelo...

—¿Pero no me dices cómo? ¿Qué haces para tirar el anzuelo?

—No hago nada... hija mía... Dejo hacer... Consiento que me devore con los ojos.

—¿Y es bastante?

—Sí; cuando una mujer consiente que la mire un hombre, acaba el infeliz creyéndola seductora como ninguna, y trata de seducirla. Cuando este caso llega, yo le doy á entender que no me desagrada... pero todo en silencio, y él se apasiona como un inocente. ¡Ya es mío! Esto dura más ó menos... Depende sólo de sus condiciones.

—¿Y así conquistas á todos los que te gustan?

—A casi todos.

—¿Luego algunos resisten?

—De vez en cuando.

—¿Por qué?

—¡Oh! ¿Por qué? Hay tres motivos: Un amor grande inspirado por otra mujer, una timidez exagerada y una... ¿cómo decirlo? una... incapacidad notoria para conducir á la mujer hasta el último extremo de la conquista.

—Supones...

—¡Bah! Estoy segura... Sí... Hay muchos; muchos más de lo que se dice. ¡Oh! Tienen las apariencias de todos; visten como todos, y se pavonean como todos... No; eso no; porque no podrían... erguirse.

—¡Vaya!

—Los tímidos resultan muchas veces inabordables de puro tontos. Los hay que ni se atreven á desnudarse frente á un espejo. Con ellos es necesario mostrar mucha energía, y si no bastan las dulzuras de la mirada, recurrir á los abandonos de la mano. A veces todo es inútil; hasta los hay que nunca saben por dónde principiar; cuando una mujer se desmaya, como último recurso, hallándose á solas con uno de ellos... buscan en seguida quien les ayude... Yo prefiero á los enamorados entusiastas de otras mujeres. Los conquisto por asalto á... á... ¡já la bayoneta!

—Todo eso está muy bien; pero cuando no hay hombres, como aquí ocurrè...

—Se buscan.

—Se buscan. ¿Dónde?

—Pues.. en cualquier parte... Mira... Esto me recuerda una historia... Verás... Hace dos años mi esposo me llevó á pasar el verano en sus posesiones de Bougrolles. Allí ¡nada! pero ¡nada! lo que se dice nada. En los cortijos inmediatos algunos bru-

tos muy asquerosos, cazadores de pelo y de pluma, viviendo en sus haciendas; hombres que no se bañan jamás, que huelen á sudor y que son incorregibles, porque suponen que la porquería engorda. ¿Sabes lo que hice?

—No adivino...

—¡Ja, ja, ja!... Oye... Acababa de leer varias novelas de Jorge Sand, escritas para la glorificación de la plebe, novelas en las cuales aparece un obrero sublime, y los hombres de buen tono, criminales. Añade que recordaba *Ruy-Blas*... Oye... Uno de nuestros colonos tenía un hijo, un guapo mozo de veintidós años, el cual había estudiado para cura y dejó el seminario aburrido... Pues bien; le tomé de criado.

—¡Oh! ¿Y luego?

—Luego, luego le trataba despreciativamente, mostrándome sin preocupación á sus ojos... como si no le considerase hombre siquiera. ¡Oh! á ese no le puse anzuelo; á ese lo abrasé vivo...

— ...

—Sí; me divertía llamándole cada mañana mientras la doncella me vestía, y cada noche mientras me desnudaba.

— ...

—Fué abrasándose, abrasándose como un haz de



paja. En la mesa, yo hablaba siempre de aseo, de baños, de duchas, de los cuidados que necesita una persona para ser admisible. Y á los quince días el infeliz aprovechaba todas las ocasiones para darse zambullidas en el río. Luego se llenaba de perfumes apestantes. Hija; me obligó á prohibirle que se perfumara, y en tono de reprensión dura le dije que los hombres sólo debían usar agua de colonia.

— ...

—Más adelante adquirí algunos cientos de novelas morales, cuya lectura recomendé á los campesinos y á los criados. Había deslizado en los estantes algunos libros... poéticos... de los que turban las almas... las almas de los colegiales y de los inocentes... Y se los dí á mi criado... para educarle... ¡una bonita educación!

— ...

—Le traté con más dulzura, tuteándole. Le llamé José; y el pobre se iba poniendo... tan flaco... Daba miedo... ¡Cuánto sufría!... Y sus ojos... encendidos, como los de un demente... Yo me divertía pensando... ¡Ah! una temporada ideal.

—¿Y al fin?

—Al fin... un día que mi marido no estaba en casa, le mandé enganchar un cochecillo para que me llevase al bosque. Hacía calor, mucho calor...

—Sigue, sigue... ¡Me interesa tanto!

—Hacía mucho calor... Toma, bebe un poco de Chartreuse para que no me acabe yo la botella... Y me puse mala... un mareo...

—¿Cómo?

—¡Tonta! Le dije que me sentía mal... que me dejara sobre la hierba... Yo no podía moverme... y me cogió... Cuando estuve sobre la hierba... yo me ahogaba... y le dije que me desabrochase... Luego, cuando me hubo desabrochado... me desmayé.

—¿De veras?

—No, eso no.

—¿Y qué?

—¡Oh! Más de una hora desmayada... Él no sabía qué remedio aplicar. Tuve paciencia y aguardé... Al fin halló la medicina conveniente... Abrí los ojos después del exceso...

—¿Y qué le dijiste?

—¡Nada! ¿Por ventura me había yo dado cuenta durante mi desmayo? Le dije que me llevase al coche, y volvimos á casa. En poco estuvo que no volcáramos. ¡Tan aturdido iba José!

—¿Y no hubo más?

—Nada más.

—¿No volviste á desmayarte?

—Sólo una vez. No quise que fuera mi amante aquel bribón.

—¿Y continuó en tu casa?

—Ya lo creo. ¿Había motivo para despedirle? Sin una queja fundada...

—¿Y sigue adorándote siempre?

—Ahora verás.

La baronesita oprimió el botón del timbre. Abrióse la puerta y entró un criado, buen mozo, que olía mucho á colonia.

La baronesa le dijo:

—Siento un mareo; dí á la doncella que no tarde.

El hombre quedóse inmóvil como un soldado en presencia de un jefe, clavando una mirada encendida en el rostro de la señora. Ésta prosiguió como si nada notase:

—De prisa, estúpido; ahora no estamos en el bosque y la doncella me atenderá mejor que tú.

El criado se fué.

La condesita preguntó, algo turbada:

—¿Y qué dirás á la doncella?

—Que ya pasó... ¡Bah! La diré que me desabroche. Bien lo necesito... Me cuesta mucho respirar... Estoy borracha... Completamente borracha... No podría tenerme...



## LA HOSPEDERIA

SEMEJANTE á todos los mesones de madera construídos en los Altos Alpes, junto á los ventisqueros, en esos pasadizos roqueños y pelados que separan unas de otras las nevadas cumbres, la hospedería de Schwarenbach, sirve de refugio á los viajeros que siguen el camino de la Gemmi.

Está durante seis meses abierta y habitada por la familia de Juan Hauser; después, al amontonarse las nieves en el valle, cubriéndolo y cerrando la salida por Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos, emigran, y guardan la casa los dos guías; con el viejo Gaspar Hari quedábase aquel invierno el joven Ulrico Hunzi; los acompañaba Sam, un pebrero montañés.

Los dos hombres y la bestia permanecen hasta el mes de Abril en su cárcel de nieve, teniendo ante sus ojos la inmensa y blanca pendiente del Balm-